

cilia, durante las estaciones de verano, y que viviría en Roma como para acabar su educación en el mismo convento de la Longara, donde acababa de pasar su infancia. Su abuela se retiraría allí con ella para no separarse de su ídolo, que no podía presentar públicamente en los salones, puesto que le había sido dejada por indulgencia de su marido.

Este plan fué ejecutado durante un año tal como había sido expuesto.



XXIV.

TODO lo que he dicho hasta aquí de Regina, no lo he sabido sino más tarde por ella, pero era necesario decirlo para dar una significación á la visita inesperada que acababa de recibir en el fondo de los bosques de Borgoña, y un sentido á las cartas de Salustio que he conservado, y de las que aquí copio algunos fragmentos. Estas dan, por decirlo así, el envés y la consecuencia de la pasión de esta niña, pasión nacida de un delirio y convertida en una dolorosa realidad. Copio aquí literalmente

las cartas de Salustio, limitándome á algunas supresiones y correcciones de estilo que no quitan nada de la verdad ni añaden nada á la pasión. Salustio escribía mejor que todos nosotros en aquella época, cuando quería reflejar su pensamiento ó estaba agitado. Su educación, mitad inglesa, mitad italiana, le daba un acento extranjero y manantiales de expresión que faltan con harta frecuencia á los hombres que poseen un solo idioma.

Primera carta.

«Roma.

.
 ... »Si tú estuvieras aquí, nada me faltaría. Son necesarias dos almas para abarcar á Roma; no tengo más que una, y no sé si por mucho tiempo. Tengo miedo de que me haya sido llevada en una mirada como á mi héroe Ariosto y que, en lugar de haberlo sido una estrella, haya quedado en los dos más hermosos ojos que reflejaron aquí este bello cielo primaveral. «¡Ohimé!» (esto es una exclamación de pena italiana). «¡Ohimé!» ¡mi pobre hermana no me había dicho nada

de ello! «¡Ohimé! ¡Misero me!... ¡Povero me!...» Todas las interjecciones de «Trans-tevero» no bastarían á evaporar lo que me oprime. Me has conocido poco poético; lo soy más que tú esta noche, porque te escribo en lugar de dormir. Mi pensamiento no está en mí; no está ya en aquella hermosa poesía de Guido que me mira, ó mejor aún, que mira al cielo desde el fondo de esta larga galería que habitaba mi tío y donde amontonaba sus tesoros de pintura. ¡No, no, la poesía que he visto hoy vive, camina, palpita y habla! ¡Y qué vida, y qué marcha, y qué palpitaciones en el seno, y qué melodías en los labios, y qué lágrimas transparentes en el globo de los ojos! ¡Oh, Guido Reni! tú has soñado bien, pero la naturaleza sueña mucho mejor que tú.

»... Debes pensar que me he vuelto loco, como me ha sucedido á veces, por alguna

tela de Rafael, de la Galatea, de la Fornarina, ó por alguna página de novela británica abierta sobre mi mesa; y como yo hago, como hacíamos juntos, un filtro de caprichos para embriagarme, dejo romper la copa después ó arrojar mi anillo al mar como el disgustado de Samos. ¡No, no, no; no es esto! ¡Es «ella!» ¡Y «ella!» ¿quién? me dices tú. «¡Ella,» que «existe,» según la expresión mosaica! «¡Ella,» de la cual te hablaba en París! «¡Ella,» de la que me hablaba mi hermana en todas sus cartas; «ella,» que me fastidiaba, tanto se apoderaban de este nombre y de estas perfecciones mis ojos y mis oídos; «ella,» á quien llamaba mi segunda hermana; tanto mi hermana y ella se habían identificado en mis pensamientos; «ella» últimamente! Ya sabes tú á quién quiero decir. Pues bien, ¡mi hermana estaba ciega, amigo mío!

»Me ha recordado un verso tuyo del cual no tengo presente sino el sentido:

»Su sombra contiene más electricidad que el cuerpo de otra cualquiera.

»Pero te tengo demasiado tiempo en suspenso; ¡es que tengo fiebre! Ten, ¡toma y lee! como dijo Talma.

»Yo no sabía que hubiera vuelto esta niña-maravilla de la cual me hablaba sin cesar Clotilde hasta la víspera de su muerte. La creía llevada no sé adonde, por uno de los cuatro vientos del mundo, muy lejos del nido. No pensé en ello. Pensaba en el alma de mi pobre hermana, llevada allí, en nuestra ausencia, ¡sin guía para enseñarla el camino, sin ninguna voz querida para alentarla en su marcha! Y me decía yo todas las noches acostándome en las grandes salas donde habíamos jugado tanto juntos y llenaba con su hermosa voz: Es preciso, sin

embargo, que tenga el valor de ir á ver la piedra de la capilla donde ha sido enterrada por manos extranjeras, es preciso que vea aquel claustro, aquellos tristes jardines, aquella celda, aquel horizonte de cipreses, de piedras y ladrillos, que ella ha visto tanto tiempo, pensando en nosotros, y que tan á menudo ha descrito y tan bien, que parece iré con los ojos cerrados. Y después, cuando llegaba el día, sentía tal opresión en el pecho, un pie tan resistente á aquella calle, que decía: No; hoy no. ¡No me siento bastante fuerte, bastante tranquilo, bastante santo, para hablar tan de cerca con un alma!...

»Dos veces he pasado por la Longara, volviendo de San Pedro, como para acostumbrarme poco á poco á la idea, á la casa, á la tumba!.. Hasta una vez he levantado la mano para llamar en la puerta del convento, después he bajado el brazo y me he

retirado, como si hubiese tenido miedo de que se hubieran apercebido de mi actitud y no se me fuese á abrir. En fin, sabes las contradicciones, niñerías y supersticiones que pasan en nuestra almas cuando están solas. He dejado pasar un mes, después otro, después la mitad de otro, sin osar ir allí. Pero tenía el proyecto (es decir, tenía ayer, porque hoy ya no lo tengo), tenía el proyecto de marchar para Sicilia, en donde mi padre tiene un viejo amigo inglés que me ha recomendado viese. No tenía en el palacio la menor reliquia de Clotilde, un cabello, una cinta, un vestido, nada; todo había quedado en el convento después de su muerte, según me dijo el conserje del palacio de mi padre. No quería de ningún modo dejar á Roma sin llevar un talismán de aquel ángel sobre mí. Sabes que no soy supersticioso como los niños de mi país, de

Bretaña; pero soy «memorativo» y fiel con ellos. En la reliquia no está la reliquia que amo; ¡está el pensamiento! ¡No sé si el pensamiento se incorpora hasta cierto punto en la cosa material, y le comunica, no una virtud secreta, sino un signo presente y visible de virtud! una emanación del sér ausente que imprime al objeto dado, en recuerdo, una continuidad de presencia, amor, protección. Divago, es igual, no me hago contigo más sobrehumano de lo que soy. En resumen, quería una presencia real de mi pobre hermana en el corazón, en el cuello, en el dedo, en mi cartera. Faltaba ir á pedir esta reliquia donde estaba. Tomé valor en mi deseo y fuí.

»Pero las tres de la mañana dan en San Pedro; te canso; es igual, todavía continúo. No puedo dormir, es preciso que escriba, no leas si no quieres.

»Fuí allí, pues; ¿cuándo? ¿Hace un siglo? En verdad, me parece que hace un siglo y que la imagen que está en este momento en mis ojos, cuando los cierro, esta todavía allí. Pues bien, ¡hace la mitad de un día y la mitad de una noche! ¡Oh tiempo, no existes! no eres más que el vacío de lo que todavía no hay, esperando lo que debe ser. Tan pronto como este vacío se ha llenado, no existe ya el tiempo; ¿á qué medir lo que no existe?

»Fuí, pues, allá, á las dos de la tarde, con un sol abrasador que me hacía buscar la sombra, aproximado á los muros, y que alejaba de las calles desiertas toda figura humana, á llamar todo trémulo en la puertecita del convento de mi hermana. La puerta se abrió como por sí misma y entré, sin haber visto á nadie, por un paseo que concluía en el patio. Nadie había tampoco; todo el

mundo dormía la siesta en las celdas. Una mano de tornera adormecida me había aparentemente alzado el picaporte de la puerta enrejada. Yo era feliz en aquella soledad completa; una voz me habría herido el corazón, como si una figura cualquiera se hubiera interpuesto entre la imagen de mi hermana y yo. ¡Miraba en libertad y paz aquellos muros que la habían encerrado, aquellos pavimentos que pisó, aquella larga avenida de cipreses que había contado tan á menudo pensando en mí, aquella fuente que murmuraba bajo el claustro y cuyo murmullo la había igualmente despertado ó adormecido durante tres años! El patio, brillante de sol, y cuyas losas dejaban crecer largas hierbas y alelíos amarillos entre los intersticios de las piedras, tenía el aire de un «campo santo» abandonado á las vegetaciones incul-
tas del Mediodía.

»El ruido de mis pasos sobre las piedras no atrajo á nadie á este patio desierto, ni hizo abrir ninguna persiana de las ventanas. No sabía á quién dirigirme para hablar á la superiora y pedirla visitar los restos de mi hermana y llevar sus reliquias. La tornera dormía aparentemente, como los otros habitantes de aquel claustro adormecido. Me atreví, esperando un movimiento ó una voz, á mirar en la parte abierta del claustro, en la fuente, en el patio, en los jardines que no animaban el ruido de ninguna azada, y en dar algunos pasos por aquel recinto.

»Apercibí últimamente, á la extremidad del claustro, una puerta entreabierta; era la de la capilla del monasterio, de la que mi hermana había hablado á menudo. Pensé que alguna religiosa en meditación en la capilla habría dejado, sin duda, aquella puerta sin cerrar, que el ruido de mis pasos la

arrancaría de sus piadosas prácticas y que vendría á indicarme la persona del convento á la cual debía dirigirme. Dí algunos pasos bajo el claustro; mojé mi mano en el agua, al pasar, del pilón que tantos años refrescó la frente de Clotilde, bebí un poco en su memoria; empujé el batiente de la puerta y entré haciendo expresamente resonar mis pasos bajo la pequeña cúpula consagrada á las devociones de las reclusas. Creí que este ruido haría volver la cara á alguna de ellas; pero no había nadie en los bancos. Sus asientos estaban marcados por libros de oraciones, dejados en la última grada de su reclinatorio. Un altarcito en el fondo, decorado con flores artificiales, plantadas en urnas de mármol pintado de oro, dos ó tres cuadros de devoción, encerrados y encajados en madera negra contra los muros blanqueados de cal, una balaustrada de ciprés moldeada,

separando el coro del resto del edificio, un piso de grandes losas, de las que algunas estaban esculpidas en relieve con armas y figuras, de las que otras no llevaban más que una ancha cruz cuadrada, dibujada en la piedra, con un nombre y una fecha abajo; hé ahí todo. Dos rayos de sol cayendo á plomo por las vidrieras de una cupulita encima del altar atravesaban perpendicularmente el fondo del recinto, como dos haces de agua, venían á herir las losas al pié de la balaustrada, y volvían á caer en luz deslumbradora á mis piés sobre una de las esculturas. Por esta claridad del cielo, por la luz de aquel cirio eterno, como dices en tus versos, leí el nombre de Clotilde con la fecha de su muerte. Me precipité desde luego para estrechar con mis brazos aquel lecho de luz donde reposaba, donde el sol la parecía buscar para reanimarla. No fué sino

muy tarde y después de haber pronunciado mil veces su nombre, llorado y rogado sobre su tumba, cuando me apercibí de una diferencia que no me había impresionado desde luego entre esta losa y las que cubrían los otros féretros de los que la capilla parecía empedrada. Era de mármol, y había encima un puñado de flores todavía fragantes, que parecían ser renovadas á menudo. No puse gran cuidado en esta distinción de culto entre los féretros y quedé arrodillado no sé cuanto tiempo sobre la losa, con los codos apoyados en la balaustrada del coro y el rostro escondido entre mis manos.

»Sabes que no soy lo que se llama devoto; pero cuando se tiene bajo las rodillas el féretro del sér que más se amó en el mundo, sobre la cabeza un rayo de sol poniente y ante su pensamiento el problema terrible de la eterna separación ó reunión, no se resuelve